



CÍRCULO LATINOAMERICANO DE  
FENOMENOLOGÍA

ACTA  
FENOMENOLÓGICA  
LATINOAMERICANA

**Capítulo 2**

VOLUMEN I



Pontificia Universidad Católica del Perú  
Fondo Editorial 2003

*Acta fenomenológica latinoamericana. Volumen I.*

Primera edición: diciembre de 2003

Tiraje: 500 ejemplares

© 2003 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú  
Plaza Francia 1164, Cercado de Lima – Perú  
Telefax: 330-7405; 330-7410; 330-7411  
Email: feditor@pucep.edu.pe

Editora responsable: Rosemary Rizo-Patrón

Comité Editorial: Guillermo Hoyos, Roberto Walton, Antonio Zirión

Secretaría de redacción: Rodrigo Ferradas, Mariana Chu

Asistencia de edición: Cristina Alayza, Mariana Hare, Pablo Rosselló

Diseño de cubierta y diagramación: Gisella Scheuch

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,  
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos Reservados

ISBN: Obra completa: 9972-42-619-x

Volumen I: 1 9972-42-620-3

Hecho el Depósito Legal N.º 1501052003-6930

Impreso en el Perú – Printed in Peru

# Nuestra responsabilidad social: una reflexión a partir de Husserl

Our Social Responsibility: A Reflection from Husserl

DANIEL HERRERA RESTREPO

Universidad Santo Tomás  
Colombia

El presente texto busca explorar, a partir de las reflexiones del propio Husserl, la responsabilidad social que debe afrontar el filósofo en el contexto latinoamericano. En ese sentido, repasa en primer lugar la imagen que traza Husserl del filósofo como «funcionario de la humanidad». Luego, traza un paralelo entre la crisis que enfrenta Husserl como resultado del positivismo (que trae consigo un abandono del proyecto racional iniciado en Grecia) y aquella a la que se confronta el pensador latinoamericano (y que tiene como marcas distintivas, entre otras, a la injusticia y la marginación). Luego de esta primera parte, el texto pasa a reflexionar en torno a dos problemas centrales de esa situación social y la actitud del filósofo frente a ellas: la resignación a un destino que se toma como inevitable y la marginación cultural de gran parte de la población. Plantea, finalmente, que al filósofo le corresponde tanto poner de relieve la responsabilidad y la libertad del hombre en tanto constituye el sentido como promover una conciencia crítica y una educación más enriquecedora (que implica también una enseñanza con el ejemplo vital).

This paper aims to explore, in relationship with the thoughts of Husserl, the social responsibility that a philosopher must face in the Latin-American context. For that purpose, it explores, first of all, the image that Husserl portrays of a philosopher as a «functionary of humanity». Then, it draws a parallel between the crisis that Husserl faces as a result of positivism (which produces the oblivion of the rational project such as it was conceived in Greece) and the one that faces the Latin-American thinker (which is characterized by injustice and marginality). Secondly, the text reflects upon two central problems related to this social situation and to the philosopher's attitude towards them: on the one hand, the resignation to a destiny that seems inevitable and, on the other, the cultural exclusion of a big part of the population. Finally, it proposes that the philosopher has both to highlight the responsibility and freedom of the human being as constitutive of sense, and to promote a critical consciousness and a better conceived education (which involves also the philosopher's own life as a role-model).

*Acta fenomenológica latinoamericana. Volumen I.*

Actas del II Coloquio Latinoamericano de Fenomenología. Círculo Latinoamericano de Fenomenología, pp. 37-48.  
Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2003.

En *Filosofía primera*, Husserl nos presenta a Platón como el «fundador de la doctrina de la razón social, de la comunidad humana verdaderamente racional, o sea de la auténtica vida social en general, en pocas palabras, el fundador de la ética social», y lo fue, porque nos hizo presente que «el ser humano individual tenía que ser visto necesariamente como miembro actuante dentro de la unidad de la comunidad, lo mismo que su vida individual dentro de la unidad de la vida comunitaria. Además que por eso también la idea de la razón no sólo concierne al individuo sino que es una idea comunitaria, bajo la cual también deben ser juzgadas normativamente la humanidad socialmente unida y las formas históricas de la configuración de la vida social»<sup>1</sup>.

Años antes, en 1918, había escrito: «Mi vida y la vida de Platón son una. Yo continúo su trabajo; (...) su esfuerzo, su querer, su conformar prosiguen en el mío»<sup>2</sup>. Si esto es así, no es de extrañar que Husserl asumiera su autoresponsabilidad intelectual simultáneamente como una responsabilidad social.

También nosotros debemos hacerlo. Como Husserl, constituimos con los pensadores del pasado una comunidad cuya unidad histórica tiene su génesis en participar de una vida alimentada por una única intencionalidad: contribuir a hacer realidad el proyecto teórico, práctico, social y político de una «comunidad humana verdaderamente racional», de una comunidad a la cual le sea dado gozar de una «vida auténtica» en un «mundo auténtico», base de lo que Husserl llama, invocando a Fichte, la verda-

---

<sup>1</sup> *Erste Philosophie I, Hua VII*, pp. 15-16. La sigla corresponde con indicación de tomo y página a Husserl, Edmund, *Gesammelte Werke – Husserliana*, vols. I-XXXIV, Dordrecht/Boston/London: Kluwer Academic Publishers (con anterioridad: Den Haag: Martinus Nijhoff), 1950-2002.

<sup>2</sup> *Zur Phänomenologie der Intersubjektivität, Hua XIV*, p. 198.



dera «vida feliz»<sup>3</sup>. Según nuestro filósofo, «la función de la filosofía es la humanización»<sup>4</sup> y, por consiguiente, el filósofo debe ser considerado como «funcionario de la humanidad».

Sí, el problema fundamental que une a todos los filósofos es la pregunta por el ser del hombre como persona y como ciudadano y por el mundo que, en cuanto tal, le corresponde. Su solución conlleva el asumir la responsabilidad personal de contribuir efectivamente a la humanización de aquél y a la humanización de éste, pues al filósofo le corresponde explicitar aquellas «ideas normativas absolutas que deben determinar...la acción humana en todas las esferas» como Husserl afirmó en 1923<sup>5</sup>.

Para Husserl, el ser «funcionario de la humanidad» no significa ser poseedor de una *Beruf*, de una profesión cuyo ejercicio en cuanto profesión privada se rige por las manecillas del reloj, sino vivenciar su tarea como una *Berufung*, como un llamado, como una vocación. «Los filósofos, nos dice, son los representantes vocacionales del espíritu de la razón, el órgano espiritual en que la comunidad viene originaria y duraderamente a la conciencia de su verdadero destino»<sup>6</sup>. Nuestra vocación no es algo que sólo nos atañe a nosotros individualmente; «la responsabilidad enteramente personal, insiste Husserl, por nuestro propio y verdadero ser como filósofos en nuestra vocación personal más íntima, entraña y lleva también en sí la responsabilidad por el ser verdadero de la humanidad»<sup>7</sup>, «ya que yo no puedo ser lo que soy sin los otros que son para mí, como los otros tampoco pueden ser sin mí»<sup>8</sup>.

Anterior a la *epojé trascendental* se da otra: la *epojé originaria*, a saber, aquella «actitud de nuevo cuño de los individuos hacia el mundo circundante...que los griegos denominaron filosofía»<sup>9</sup>, como nos lo dice Husserl en su *Conferencia de Viena*. Actitud consistente en considerar al mundo no como una suma de cosas, dentro del cual el hombre sería una cosa más, sino como «mundo circundante», como el horizonte de aquellas experiencias posibles gracias a las cuales el ser de las cosas cobra un sentido y el hombre se experimenta a sí mismo como el sujeto o la fuente de dicho sentido al fijarse y realizar fines, metas, proyectos, unidos todos ellos en la unidad de una teleología, la cual es posible poner de manifiesto mediante la reflexión filosófica.

<sup>3</sup> Cfr. *Ms. B I 37*, pp. 48-49, citado en Herrera, D., *Hombre y filosofía*, Cali: Universidad del Valle, 1972, p. 17.

<sup>4</sup> «La filosofía como autorreflexión de la humanidad», en: Husserl, Edmund, *La filosofía como ciencia estricta*, Buenos Aires: Nova, 1969, p. 129.

<sup>5</sup> *Hua VII*, p. 204.

<sup>6</sup> *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie. Ergänzungsband, Hua XXIX*, p. 54.

<sup>7</sup> *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie, Hua VI*, p. 15.

<sup>8</sup> *Zur Phänomenologie der Intersubjektivität, Dritter Teil, Hua XV*, p. 370.

<sup>9</sup> *Hua VI*, p. 321.

Gracias a esta *epojé originaria* que dio origen a la filosofía «tenemos, escribe Husserl, un horizonte abierto del futuro lejano infinito, al cual se dirigen nuestros actos futuristas, sospechas, esperanzas, previsiones, resolución y fijación de metas»<sup>10</sup>. A nuestra vida en el mundo le pertenece esencialmente el poder vivir en horizontes de experiencias no concluyentes<sup>11</sup>. De aquí que «el hombre sea un ser de tareas infinitas» y que, como tal, nunca podrá sentirse satisfecho ni consigo mismo ni con su mundo. En sus lecciones dedicadas a Fichte nos lo dice: «Cada objetivo es un *telos*, pero todos los objetivos deben concordar en la unidad del *telos*, en unidad teleológica. Y sólo esto puede ser el fin moral supremo»<sup>12</sup>.

Las críticas de Husserl al positivismo, al naturalismo y al psicologismo ya implicaban una crítica a las posibles consecuencias antropológicas, éticas y socio-políticas de las tendencias mencionadas, pues ellas conducen necesariamente a un rompimiento entre la razón teórica y la razón práctica, entre ciencia y vida. En *La filosofía como ciencia estricta* llama la atención sobre cómo las ciencias no pueden descifrarnos «esa realidad en que vivimos, nos movemos y existimos» y cómo sólo la filosofía puede «revelarnos los enigmas del mundo y de la vida»<sup>13</sup>. Como dirá más tarde en *La crisis*, el positivismo «decapita» no sólo a la filosofía, sino también al mismo hombre en cuanto persona. A la filosofía, pues deja de lado, por principio, las cuestiones «últimas y más elevadas» que ella se formula, a saber, «las cuestiones realmente decisivas para una humanidad auténtica (...) las cuestiones relativas al sentido o sin-sentido de la existencia humana», «sobre la razón o sin-razón, sobre nosotros los seres humanos en cuanto sujetos de libertad», «cuestiones que afectan, en definitiva, al hombre que (...) decide libremente, en cuanto ser que es libre en sus posibilidades de configurarse a sí mismo en forma racional y de conformar no menos racionalmente su entorno»<sup>14</sup>. Y «decapita» igualmente al hombre en cuanto persona, en cuanto fin de sí mismo, pues «una ciencia de hechos sólo puede producir meros hombres de hechos» y, como tales, manipulables como simples medios como lo son todos los hechos.

Las consecuencias concretas de este desvío de la razón muy pronto las pudo experimentar Husserl en carne propia. La guerra de 1914 y, de manera especial, la llegada del nazismo al poder, que lo redujo al silencio y a la impotencia al ser juzgado a partir de una «zoología de los pueblos»<sup>15</sup> —la teoría de la raza—, le permitió conocer de cerca los efectos de la gran crisis de la cultura europea, la crisis de la razón. Estas

---

<sup>10</sup> *Phänomenologische Psychologie*, Hua IX, p. 149.

<sup>11</sup> Cfr. *Zur Phänomenologie der Intersubjektivität*, Hua XV, p. 389.

<sup>12</sup> *Aufsätze und Vorträge*, Hua XXV, p. 275.

<sup>13</sup> Cfr. Husserl, Edmund, *La filosofía como ciencia estricta*, p. 66.

<sup>14</sup> Hua VI, pp. 4-6.

<sup>15</sup> Cfr. *Ibid.*, p. 320.



vivencias, como lo sabemos, inspiraron su *Conferencia de Viena* de 1935 y aquella obra cumbre que constituye su testamento político: *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*.

La situación del hombre latinoamericano también nos coloca a nosotros frente a nuestra responsabilidad social. Ciertamente, no vivimos una *crisis* como la crisis a la cual se enfrentó Husserl. Toda crisis presupone una profunda mutación, de consecuencias impredecibles, de un proceso histórico. En el caso de Husserl, del proceso histórico de la cultura europea que, a partir de un proyecto racional formulado por los griegos, se había esforzado en la creación de una humanidad y de un mundo de la vida regidos por normas ideales.

Para nosotros se trata del hecho de que desde los inicios de nuestra historia se establecieron unas relaciones sociales marcadas por la injusticia y la exclusión violenta, las cuales con el correr de los tiempos se han acentuado, sin duda alguna, con el recurso también a una razón degenerada en razón instrumental a servicio de quienes perpetúan y defienden dichas relaciones sociales.

Un alto porcentaje de latinoamericanos —en unos países más que en otros, sin duda alguna—, viven en la marginación, en la pobreza, en la explotación, en la ignorancia y, sobre todo, en una intolerable resignación e inercia que los coloca bajo el reino de un fatalismo insuperable a primera vista.

El mundo de estos latinoamericanos es un *Todeswelt*, un mundo de muerte, y no un *Lebenswelt*, un mundo de vida. Ellos hacen parte de aquellos seres que, según Husserl en un manuscrito de 1922, tienen, en «la negra noche» de su destino, sólo «sueños sin ensueños» y por lo mismo «están absolutamente muertos»<sup>16</sup>. Un *Todeswelt*, pues allí se experimentan como muertos en vida, sin futuro, sin esperanzas de poder ser reconocidos y de reconocerse a sí mismos como verdaderas personas humanas en un *Lebenswelt*, en el «mundo común a todos», en el «terreno común del vivir humano»<sup>17</sup>, un mundo que les ofrezca horizontes dentro de los cuales les sea permitido experimentarse como verdaderos seres «de tareas infinitas».

Pensando en nuestra responsabilidad frente a esta situación social, ¿cómo podríamos reflexionar a partir de Husserl?

Trataré de hacerlo brevemente en relación únicamente con dos aspectos de dicha situación social.

Hemos mencionado que uno de los efectos de nuestras injustas relaciones sociales es la resignación de buena parte de nuestros ciudadanos que experimentan su existencia no como un proyecto a definir comunitariamente, como una tarea a cumplir a partir

---

<sup>16</sup> Cfr. *Hua XIV*, p. 158.

<sup>17</sup> *Hua VI, Anexo XX*, p. 469.

de su razón y de su autonomía, sino como un destino regido por fuerzas oscuras prepotentes o, inclusive, por un dios cuya voluntad sería la de mantenerlos en una existencia inhumana: a diario se experimentan como seres predestinados al sufrimiento, a la negación de sí mismos. ¡Cuántas veces escuchamos a gente de nuestro pueblo exclamar: «¡Qué vamos hacer si ésta es la voluntad de Dios!» ¡Cuántos latinoamericanos, escépticos frente a un mejor futuro, se refugian en la oscura resignación del fatalismo y de la pasividad que éste conlleva!

Vale la pena llamar la atención sobre cómo, inclusive, muchos de aquellos que no experimentan la negación absoluta de su ser humano, en lo más íntimo actúan bajo una cierta resignación, un cierto fatalismo. Lo comprobamos con los proyectos que nuestra clase dirigente se formula: limitados, a mediano plazo, sin una fundamentación racionalmente suficiente que garantice su éxito y todo ello justificado recurriendo a la disculpa de que nos tenemos que resignar con nuestra condición de pueblos subdesarrollados.

Pensemos tan sólo en ese mundo universitario dentro del cual vivimos, nos movemos y somos: ¿cómo justificamos de ordinario la calidad de nuestros centros universitarios, la pobreza de nuestras bibliotecas y laboratorios, la ausencia o pequeñez de nuestros centros de investigación, la carencia de revistas especializadas, el recurso a profesores hora-cátedra, el divorcio con la realidad nacional? Cada uno de nosotros lo puede responder interiormente a partir de la situación concreta de su país. Sin duda, más de uno encontrará una huella de esa resignación, de esa impotencia que experimentan a diario nuestros conciudadanos que aceptan resignadamente su existencia como un destino.

Como conciencias críticas de la sociedad, ¿qué podemos encontrar en Husserl que nos inspire en la lucha contra esta vivencia de la existencia como un destino y contra esta resignación y pasividad frente a un ilimitado futuro que parece le es negado a gran parte de nuestros conciudadanos?

Recurramos a su testamento político. Cuando fuerzas irracionales se hacían presentes en Europa, Husserl proclama en alta voz su pensamiento antropológico, a saber, que «el ser humano es ser esencialmente en grupos humanos unidos generativa y socialmente, y si el hombre es ser racional, sólo lo es en la medida en que toda su humanidad sea humanidad racional, latentemente dirigida a la razón, o abiertamente dirigida hacia la entelequia que, venida a sí misma, convertida en consciente de sí misma, dirige conscientemente y desde ya, con una necesidad esencial, la historia humana»<sup>18</sup>.

Y Husserl nos recuerda textualmente cómo el «desarrollo de la humanidad verdaderamente humano ya no es posible en el modo de un crecimiento meramente orgánico,

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 13.



pasivo y ciego; sólo es posible, por el contrario, desde una libertad autónoma»<sup>19</sup>. No olvidemos las tesis fundamentales del parágrafo 73 de *La crisis*: «el ser-hombre es un ser-teleológico y un deber-ser», por consiguiente, el hombre es «un ser responsable de su ser humano».

Husserl, reflexionando sobre la Gran Guerra en su primer artículo para la revista japonesa *Kaizo*, escribió unas bellas líneas que bien vale la pena recordar aquí: «Un pueblo, una colectividad humana vive y crea en la plenitud de su fuerza cuando lo impulsa la fe en sí mismo (...), cuando no se contenta con vivir sino que vive de cara a una grandeza que vislumbra, y encuentra su satisfacción en su éxito progresivo por traer a la realidad valores auténticos y cada vez más altos. Ser un miembro digno de tal colectividad humana, trabajar junto con otros a favor de una cultura de este orden (...), he aquí la dicha que los eleva por sobre sus preocupaciones y desgracias individuales»<sup>20</sup>.

Que esto es posible, se puso de manifiesto, según Husserl, cuando en un momento dado, el pueblo griego tomó conciencia de que la existencia humana no era un destino regido por los dioses, sino que ella es un proyecto y una tarea cuyo *telos* podía ser definido por la razón y ser asumido autónomamente por los ciudadanos. Frente a la racionalidad de la exterioridad orientada exclusivamente a hechos explicables por relaciones causales o divinas, el griego hizo surgir la racionalidad de la interioridad en la que el yo y el tú se experimentan como un nosotros que, superando la necesidad causal, definen su proyecto de existencia a partir del peso de las motivaciones dentro del marco de la libertad.

Recordemos cómo Homero, al comienzo de su *Odisea*, se planteó la responsabilidad del hombre frente a su existencia cuando nos presenta a Zeus, en la asamblea de los dioses, rechazando las injustificadas lamentaciones de los hombres que atribuían todas las desdichas de la existencia humana a los dioses. Y recordemos cómo Solón se los dice directamente a los atenienses al referirse al tirano Pisístrato y a su familia: «Si por vuestra debilidad habéis sufrido el mal no echéis el peso de la culpa a los dioses. Vosotros mismos habéis permitido a esta gente a ser grandes cuando les habéis dado la fuerza cayendo vosotros en vergonzosa servidumbre»<sup>21</sup>. Recordemos que en algunos de nuestros países se dice que el poder está en manos de unas pocas familias. Platón, por su parte, en *La República*, al narrar el mito de *Politeia*, puso en boca del adivino estas palabras: «Almas efímeras: va a dar comienzo para vosotros una nueva carrera

---

<sup>19</sup> *Hua VII*, p. 205.

<sup>20</sup> *Hua XXVII*, p. 3.

<sup>21</sup> *Cfr.* Jaeger, W., *Paideia*, México: FCE, 1946, tomo I, p. 162.

mortal en un cuerpo también portador de la muerte. No será un ser divino el que elija vuestra suerte, sino que vosotros mismos la elegiréis»<sup>22</sup>.

Para Husserl, el griego se definió inicialmente, no como un *ego cogito*, sino como un «yo puedo» y como un nosotros podemos: nosotros podemos asumir nuestra existencia como un proyecto a realizar. En un segundo momento convirtió este yo puedo y este nosotros podemos en un nosotros queremos: queremos asumirla como un vivir «en la libre formación de la existencia y de la vida histórica a partir de ideas de la razón, hacia tareas infinitas»<sup>23</sup>, pues éstas —existencia e historia— están presupuestas cuando se trata de la búsqueda de «la unidad de una vida espiritual, de un hacer y un crear con todos los objetivos, intereses, preocupaciones y esfuerzos, con las configuraciones teleológicas, con las instituciones y organizaciones»<sup>24</sup>. Finalmente, el griego convirtió su querer en un «yo debo» y en un nosotros debemos pues, «tan pronto como se ha vuelto consciente como *telos* en su desarrollo, necesariamente se torna también práctico como fin de la voluntad»<sup>25</sup>.

Husserl nos ofrece suficientes consideraciones para nuestra tarea de despertar en nuestros sufridos conciudadanos la conciencia de que el mundo no es simplemente un mundo de cosas y la historia una suma de hechos que se les imponen mecánicamente; de que ellos pueden y deben ser sujetos de su mundo y del sentido de éste; de que el mundo, como él lo escribe, «jamás es dado al sujeto y a la comunidad de sujetos más que... como un mundo que adopta en la subjetividad y a partir de ella transformaciones de sentido siempre nuevas»<sup>26</sup> de acuerdo con nuestro querer y poder.

Contribuir a que nuestros conciudadanos tomen conciencia de este carácter de sujetos del mundo y, por consiguiente, de que asuman la responsabilidad que les corresponde por la existencia de ciertas estructuras políticas, sociales e institucionales que se dan en su mundo, aquí radica parte de nuestra responsabilidad social como conciencias críticas de la sociedad. ¡La existencia no es un destino que sólo nos es dado aceptar resignadamente! ¡Ella puede estar en nuestras manos como nos lo enseñaron los griegos!

Pero, ¿cómo hacerlo? No es cosa fácil pues, entre otras cosas, se hace necesario que ellos puedan asumir un verdadero pensar crítico frente al mundo que les toca vivir. Pero sin una apropiada educación difícilmente pueden lograr este pensar crítico.

---

<sup>22</sup> «La República», en: Platón, *Obras completas*, traducción de José Antonio Miguez, Madrid: Aguilar, 1966, 617c.

<sup>23</sup> *Hua VI*, p. 319.

<sup>24</sup> *Loc. cit.*

<sup>25</sup> *Hua VI*, p. 320.

<sup>26</sup> «La filosofía como autorreflexión de la humanidad», en: Husserl, Edmund, *La filosofía como ciencia estricta*, p. 128.



Aquí entra en juego el segundo factor que quisiera mencionar de nuestras injustas relaciones sociales: el marginamiento de gran parte de nuestra población de la educación y de la cultura en general.

Recordemos inicialmente las alabanzas de Husserl para la *Ilustración* cuyos pensadores, convencidos de que la humanización del hombre y de su mundo tenía que ser buscada a partir de un pensar crítico, promovieron la necesidad de una reforma educativa. De aquí, nos dice él, «aquel ardiente anhelo de formación, aquel celo por una reforma filosófica de la educación y de la totalidad de las formas de existencia social y política de la humanidad»<sup>27</sup>. Recordemos igualmente la insistencia de Husserl en la Conferencia de Viena sobre cómo lo esencial del filósofo es la «actitud crítica» que al dar origen a un «movimiento comunitario de formación cultural y educativo» que se deje sentir desde la educación de la niñez, inevitablemente afectará todos los «valores» dominantes en la sociedad, comenzando por aquellas que se encuentran en las legislaciones y que justifican las relaciones sociales existentes<sup>28</sup>.

Buena parte de nuestros conciudadanos ni siquiera tienen acceso a la educación y, en general, los que la tienen es a una educación que, inclusive a nivel universitario, presenta graves fallas; entre otras, el estar orientada a la enseñanza y no al aprendizaje; el ser una educación profesionalista y memorística, sin relación con la realidad, lo cual no le permite al estudiante desarrollar todas aquellas potencialidades que están implicadas en un pensar crítico; una educación que no le permite pasar, en términos kantianos, de una minoría de edad a una mayoría de edad que les posibilite el «*sapere aude*».

No se forma para la vida y para la convivencia ni para la vivencia de una democracia participativa; no se capacita para «ir a las cosas mismas» dejando de lado los *slogans* ideológicos; no se capacita para dar y recibir razones, para argumentar con veracidad, rectitud, honestidad y responsabilidad; no se prepara para el debate de las ideas, para la confrontación de las perspectivas que expresan el pensar de los diversos mundos especializados que se dan dentro del horizonte del mundo de la vida; no se capacita para alcanzar una verdad común a partir de las verdades individuales ni se forma inclusive para dudar de las propias razones. Y, sobre todo, no existe un «aprendizaje para la libertad» y para el ejercicio responsable de la profesión. El principio de los principios de la cultura es el que los ciudadanos estén capacitados para pensar críticamente por sí mismos, pues el actuar racionalmente dentro del marco de la libertad es la línea divisoria entre lo humano y lo no humano.

---

<sup>27</sup> *Hua VI*, p. 8.

<sup>28</sup> *Ibid.*, pp. 333-334.



Aquí nuestra responsabilidad es aún mayor, pues todos nosotros somos actores principales de la vida cultural en nuestros países, en especial del desarrollo de los sistemas educativos, comenzando por el sistema universitario. Somos, por consiguiente, responsables de la formación humana, intelectual y profesional de aquellos que tienen en sus manos en forma directa la responsabilidad de hacer menos injustas e inequitativas las relaciones sociales existentes o, al menos, la de no agudizarlas aún más mediante un ejercicio irresponsable de su profesión.

Ahora bien, para Husserl, «la teoría es para la praxis» porque el planteamiento crítico del misterio de la persona humana como gestora de la historia y del mundo de la vida, en el cual se hacen presentes la multiplicidad de perspectivas que los hombres y los grupos sociales se formulan para la superación personal y social, es la condición previa que le puede permitir al hombre rebasar su autoconciencia, dialogar en la intersubjetividad, pensar en los principios racionales y razonables que deben orientar la praxis humana, clarificar los fines que le son dados fijarse y, de acuerdo con esto, asumir la responsabilidad que le corresponde de hacer de la existencia no un destino, sino un proyecto y una tarea. Una democracia participativa que posibilite esto implica, recurriendo a un texto de Husserl, «una convicción comunitaria, una apreciación comunitaria, una decisión comunitaria y una acción comunitaria»<sup>29</sup>.

Se le critica a Husserl que, frente a la crisis de la razón que denunció, se haya quedado en lo abstracto, en lo especulativo, pues lo que interesa es la superación de las alienaciones que sufre el hombre de carne y hueso. Para muchos su invocación en la *Conferencia de Viena* al «heroísmo de la razón» suena a música celestial. Pues bien, no lo considero así.

Para luchar contra las alienaciones que definen nuestras relaciones sociales primero hay que luchar contra la alienación de la misma razón. Y la razón está alienada al centrarse solipsísticamente sobre sí misma, desconociendo la intersubjetividad y su vocación de «razón comunitaria», e ignorando las intencionalidades prepredicativas de nuestros sentimientos que nos ponen al descubierto al otro como compañero de viaje en este caminar sin fin a lo largo de la existencia, sentimientos que fundamentan éticamente la necesidad de la ayuda recíproca en nuestro tener-que-llegar-a-ser individual y colectivo.

La razón también está alienada al convertirse en razón cosificada, en razón instrumental, en «mercancía» e «instrumento de poder»<sup>30</sup>, orientada a la dominación de la naturaleza y de la sociedad para satisfacer las ansias de poder político o económico de

---

<sup>29</sup> *Hua XIV*, p. 193.

<sup>30</sup> *Cfr. Hua XXVII*, p. 122.

unos pocos, origen de las alienaciones de aquel hombre de carne y hueso que en su diario vivir sufre «las torturas espirituales y las penurias económicas moralmente degradables»<sup>31</sup>, como lo dice textualmente Husserl.

Se necesita mucho heroísmo por parte de la misma razón para reconocer y superar, en este momento histórico, sus alienaciones, para aceptar que su objetivo fundamental está en elevarse por encima de los hechos y de los intereses egoístas hasta el *telos de la humanidad*, a saber, el posibilitar la humanización del mundo de la vida para hacer realidad la humanización de todos y cada uno de los hombres. También se necesita mucho heroísmo por parte de la razón de nuestros estudiantes para reconocer que su responsabilidad es la de contribuir, mediante los frutos de la razón, a esta doble humanización y para asumir las exigencias éticas que el mundo de la vida le plantea a la ciencia y a la tecnología.

Ciertamente no estamos llamados como pensadores a disparar balas para superar nuestras injustas relaciones sociales, sino ideas. Nuestra responsabilidad social está en posibilitar que nuestros estudiantes aprendan a pensar crítica y responsablemente los problemas de la sociedad, de tal manera que participen efectivamente mediante su ejercicio profesional de la emancipación del hombre.

Así quiso hacerlo Husserl y esto le permitió afirmar que él, acusado de idealista, se consideraba un verdadero revolucionario. «Yo, escribe, el presunto reaccionario, soy mucho más radical y mucho más revolucionario que los que actualmente se muestran tan radicales en sus palabras»<sup>32</sup>. Porque más revolucionario es aquel que formula ideas para la transformación de la realidad que aquel que define los medios prácticos para sacarla adelante. Verdadera revolución es aquella que se alimenta de ideas y no de *slogans*. Esto explica por qué los partidarios del *status quo*, antes de enfrentarse a la revolución, combaten a aquellos que con sus ideas la promueven y alimentan.

Husserl estaba muy consciente de lo que significaba formar una conciencia crítica y de sus posibles consecuencias políticas y sociales. «¿Qué consecuencias se desprenden, se pregunta, de la extensión del movimiento cultural y educativo a círculos populares cada vez más amplios y, lógicamente a los más elevados, a los dominantes, a los menos afectados por las preocupaciones y miserias de la vida?» Y responde: «Es evidente que esto no lleva simplemente a una mutación homogénea de la vida normal, de la vida, satisfactoria en términos generales, del estado y de la nación, sino muy probablemente, a grandes escisiones interiores, en orden a las que la identidad y la totalidad de la cultura nacional experimentan una ruptura. Los conservadores, satisfechos en la

---

<sup>31</sup> *Hua XXVII*, p. 3.

<sup>32</sup> *Hua XIV*, p. 338.



tradición, y el círculo de los hombres que filosofan, pasan a combatirse los unos a los otros, siendo esta una lucha llamada a desarrollarse, sin duda, en las esferas políticas del poder. La persecución comienza ya en los inicios de la filosofía. Los hombres que sólo viven para tales ideas son menospreciados»<sup>33</sup>.

Sin duda alguna, todos esperamos que nuestros estudiantes nos recuerden porque les abrimos los libros que les enseñaron qué debían hacer en su vida profesional. Pero estoy seguro que todos nosotros bien quisiéramos que nuestros estudiantes nos recuerden, ante todo, porque les abrimos el libro de nuestras vidas para que aprendieran cómo lo deberían hacer.

Sí, el libro de nuestras vidas, con nuestras esperanzas y desilusiones, con nuestros triunfos y derrotas, con nuestras tristezas y alegrías, con lo que la vida nos ha enseñado, con los anti-valores que nos han impedido llegar a ser lo que hubiésemos querido llegar a ser; pero, sobre todo, con nuestros valores que nos han permitido llegar a ser lo que somos y que ellos pudieron apreciar en nuestro diario vivir: el sentido de responsabilidad, de justicia, de rectitud, de solidaridad, de equilibrio mental y emocional, de coherencia entre lo que enseñamos y lo que vivimos, nuestra capacidad de comprensión, nuestra sinceridad y honestidad al reconocer los límites de nuestro saber al responder a sus interrogantes, nuestra pasión por la verdad, la seriedad y rigor en nuestro trabajo, nuestra humildad a causa de nuestra ignorancia —por algo investigamos—, la prontitud para aceptar las críticas que le dirijan al resultado de nuestra labor, nuestra capacidad para el diálogo y, de manera muy especial, nuestro respeto por la persona humana en cada uno de ellos.

Nuestra responsabilidad social es demasiado grande. Esto lo podemos ver de manera muy clara si consideramos que la clase dirigente en lo político, en lo económico y en lo social, que produjo y produce, sostiene e incrementa las injusticias e inequidades de nuestras relaciones sociales, está formada, en su mayoría, por profesionales que pasaron por la universidad. El pueblo que sufre estas injusticias tiene todo el derecho para preguntar: ¿Cuál fue la Universidad que les otorgó el título? ¿Quiénes fueron sus profesores? Preguntémosnos: ¿lo hemos sido también nosotros?

---

<sup>33</sup>*Ibid.*, p. 344.